

## CARTA A JUSTINO FERNÁNDEZ

Por Ida Rodríguez P.

Tlayacapan, 5 de febrero de 1974

Justino:

En unos días vence el plazo para escribir un artículo sobre tu obra y yo no he podido hacerlo aunque lo intenté muchas veces. Siempre me ha parecido que la manera fragmentaria como concebimos al hombre, se presenta y revela, a la hora de la muerte, con una evidencia que no captamos con tanta claridad durante el tiempo en que está vivo entre nosotros. La muerte reciente de David Alfaro Siqueiros fue para mí una experiencia más de esta manera de enjuiciar a los personajes importantes. Artículos como: "Siqueiros el político", "Siqueiros el universal", "Siqueiros el amigo", "Siqueiros el muralista", etcétera, llenaron los diarios durante varios días, y aunque algunos de ellos daban una imagen más amplia del artista congelaban, sin embargo, la ya de suyo congelada imagen. Aun aquéllos que en vida fueron sus enemigos se vieron impulsados, por una pretendida justicia, a hacer desaparecer en el olvido todo lo que en vida hostigaron en el hoy muerto, y de una disectomía lastimosa rescataron un pedazo de Siqueiros. Este balance póstumo de un muerto me ha parecido siempre injusto e innecesario. Me negaba a escribir un artículo que te fragmentara: "Justino el maestro", "Justino el crítico de la revolución", "Justino el impresor" y encerrar todo lo que para mí significaste en una intelectualizada y fría interpretación, impuesta por la circunstancia de colaborar en estos *Anales* que el nuestro, tu Instituto, te ha dedicado.

Por otra parte, los dos sabemos que en los últimos años tuvimos ciertas diferencias ideológicas que nos separaron. Tú te oponías al predominante enfoque sociológico bajo el cual yo veía el panorama del arte, muy especialmente el de nuestra época, mientras a mí me parecía exagerado el peso que tu oponías en la visión estética, formal e historicista. A pesar de esto, la última vez que te vi, pocos días antes de tu muerte, después de la larga conversación que tuvimos, me despedí desolada porque sabía que no volvería a verte, pero tranquila, en cierto modo feliz. Me di cuenta de que tú con la calidad humana de siempre, habías

comprendido y aceptado con amor las desviaciones que me alejaban de la formación que como maestro me diste. Una vez más tuve prueba de tu generosidad.

Si nunca en vida escribí un análisis detallado de tu obra, ahora que ya no puedes refutarme me parece alevoso hacerlo. De ahí mis dificultades ante un estudio-homenaje que debe llegar al público. Ante la impotencia que siento de fragmentar tu imagen, deformarla, o impugnarla, decidí recuperarte dentro de mí con la validez con que se me presenta esa imagen hoy día y reflexionar sobre lo que para mí significas.

Te recuerdo lleno de la pasión que sólo un hombre temeroso sabe ostentar. Pasión por el arte y miedo por la vida. Recuerdo tu rechazo a la vulgaridad, al mal gusto y a la irrefrenable violencia de la sociedad.

Eras partícipe de la angustia orteguiana de "la rebelión de las masas", y te refugiaste en el arte, y en él encontraste el sentido de tu vida. En el libro *El Retablo de los Reyes* cuentas la anécdota de tu primer encuentro con la belleza, y trasmites en estos términos tu experiencia:

Quando niño solía mi madre llevarme a la catedral; oíamos misa en el altar del perdón y me gustaba mirar en torno las enormes columnas, los oros... las capillas oscuras que me daban miedo... y rodeando el coro y el altar mayor se topaba uno con aquella maravilla: el altar de los reyes, que no comprendía, pero que me encantaba ver. Mi madre me decía que me arrodillara y así rezábamos, pero yo seguía con los ojos y la boca abierta, tantas cosas, aquel mundo de maravilla que se ofrecía a mi vista. La catedral quedaba en el camino a la escuela (de la calle de 5 de Febrero a la de La Perpetua) y algunas veces entraba sólo para ver el altar de los reyes, o caminar por las naves espaciosas. En cierta ocasión había "bola" en el "zócalo", durante los disturbios de la Revolución, y a mí el desorden y las muchedumbres siempre me han aterrorizado, desde niño, es una cicatriz psicológica que me dejaron aquellos años de violencia, de hambres y dificultades. Pues bien, en aquella ocasión se me ocurrió protegerme dentro de la catedral y entré en el momento en que cerraban las puertas. Allí me quedé, inmóvil, frente al altar de los reyes. Se oían disparos y ruidos en el exterior y entonces me hiqué y me puse a rezar. Salí ya tarde, cuando me echaron a la calle, cuando había pasado "la bola", pero aquel momento nunca lo he olvidado.

Se me perdonará, espero, esta interpolación autobiográfica; hoy puedo decir: esta "experiencia vital", origen de uno de los motivos por los cuales pensé, al correr el tiempo, que algún día tenía que averiguar el misterio del altar de los reyes.

Esto que tú, con fina reserva, llamas interpolación autobiográfica me

revela más tu verdad interior que otras interpretaciones filosóficas que nos diste.

Saliste de Catedral, después de aquel día, llevando como armadura protectora un entendimiento y un amor para la belleza trágica porque trágicos eran los sucesos que te esperaban en la calle. "La bola" continuó y unos artistas recogieron en los muros los ideales de una revolución necesaria que tú viviste en carne propia.

Sin embargo, sucedió que la revolución llegó a los muros y ahí se quedó. El muralismo idealizó los conceptos y los paralizó en las paredes. Embelleció al pueblo hambriento, al indígena explotado, delató las fallas del sistema, propuso cambios, pintó, en definitiva, una utopía. Utopía que más que ningún otro crítico en México, tú, con pasión, estudiaste, y a través de ella supiste despertar, en muchos de tus alumnos, el amor por el arte de México. Pero algunos de ellos, entre los que me encuentro, queremos ir más lejos, queremos que esa utopía se realice y sentimos que la crítica de arte tiene hoy día que ir por otros caminos. Si esta lucha en la que yo me siento comprometida logró separarnos en nuestras interpretaciones, no logró sin embargo romper jamás la fuerte amistad, el hondo respeto y la profunda gratitud que guardo a tu recuerdo. Creo que el máximo homenaje que podemos hacerte tus alumnos, y que yo públicamente te hago ahora, es seguir con honestidad y pasión el llamado de las propias convicciones, como tú nos enseñaste.

Con amor. Siempre.

Ida Rodríguez P.